

MARIANO

Era el último día de clase. Se echó la cartera al hombro y despacio, muy despacio, como si quisiera congelar la emoción del momento, comenzó a salir del Instituto, un edificio frío y geométrico que contrastaba con su carácter atrevido, desafiante y transformador. Siempre había tenido presente el espíritu de los gansos que un viejo profesor le había inculcado: “Cuando un ganso enferma o cae herido, otros miembros de la bandada le acompañan y animan hasta que remonta el vuelo”.

Nada más traspasar la verja, volvió la mirada hacia el interior. Se le agolparon los recuerdos. Eran muchos años de escuela. Una gesto espontáneo, mitad serio, mitad burlón, acudió a su rostro. Estaba absorto en sus pensamientos, como flotando, cuando una adolescente flacucha le espetó: “¡Mariano!, ¡Mariano! ¿Me oyes?”. Él miró hacia la ventana y sonrió. “¿Sabes? ¡Ahora, ya como!”. Dos sonrisas sinceras quedaron para siempre enlazadas en el aire.